

gre en la persona del príncipe, y vuelto á Tezcoco, convidó á su hermano, designándole el día en que lo esperaba en su palacio para celebrar la buena suerte con que había escapado de la red que Maxtla le tendió en su palacio. Nezahualcoyotl disimuló haber conocido la asechanza de su hermano y ofreció ir el día señalado; pero consultando antes con sus partidarios, todos fueron de parecer no se presentara en aquel peligro, de que difícilmente escaparía. Uno de aquellos señores, conocía en el pueblo de Ahuatepec, un hombre muy semejante al príncipe, así en las facciones como en la voz, y debiendo ser de noche el banquete fácil sería lo confundieran, principalmente yendo vestido con sus mismos trages. La dificultad estribaba en que aquel hombre, quisiera hacer el sacrificio de su vida, para guardar la de una persona que tanto interesaba á la salvacion de todos aquellos pueblos; mas habiéndole ido á presentar la propuesta, la admitió sin dificultad, con la heroica abnegacion de que no son raros los ejemplos en la historia de aquellas naciones. Se llegó el día que había fijado Tlilmatzin y concurrió el labrador de Ahuatepec, vestido con las ropas que generalmente usaba el príncipe, habiéndolo instruido antes, de las acciones, palabras y conducta que debía observar. Este hombre notable, desempeñó tan bien su papel, que los concurrentes lo tomaron por el mismo príncipe, y el capitán Xochicalcatl, cumplió con él la orden que llevaba, cortándole la cabeza con un golpe de su macana, y lleno de satisfacción la llevó á presentar al sanguinario Maxtla.

Este que sabía el gran afecto que se tenía granjeado el príncipe entre mexicanos y Tlaltelolques, mandó al ministro de su crueldad, que pasando á las dos ciudades, enseñara la cabeza al senado mexicano y los señores de Tlaltelolco, para que viéndose ya sin aquel apoyo, desistieran de los conatos de rebelion que ya em-

pezaban á traslucirse. Xochicalcatl fué á México y entrando con Izcuhuatl hermano del difunto rey Chimalpopoca y al mismo tiempo general de las armas mexicanas, lo halló hablando con Nezahualcoyotl: grande fué el asambro que esto causó al capitán tecpaneca; pero al fin, instado por el jefe mexicano, expuso el objeto que lo llevaba, confesando su confusion, al encontrar vivo al príncipe cuya cabeza creía él llevar cubierta con sus mantas. «No tengo otra respuesta que darte, dijo Izcuhuatl, sino que digas al emperador lo que has visto; y que Nezahualcoyotl vive, bueno y sano.» Este añadió sonriendo: «tambien le dirás de mi parte, que vivo y estoy bien enterado de sus traiciones; pero que tenga bien advertido, que no podrá lograr su intento, porque soy inmortal y pronto le haré conocer la fuerza de mi brazo.» (3)

## CAPITULO XXVII.

**Signe la persecucion de Nezahualcoyotl; y este parte para Huexutzinco y Tlaxcalan.**

Quando el brutal Maxtlaton quedó impuesto del engaño en que había caído al suponer muerto á Nezahualcoyotl y que éste, vivo se había presentado al palacio de Izcuhuatl donde habló con el capitán Xochicalcatl, se irritó sobremanera porque se hubiera burlado su criminal intento, y porque ya éste se hubiera manifestado de una manera tan inequívoca, antes de asegurarse con la muerte del príncipe, de las tentativas con que sus pueblos

(1) Veytia tom. 3.º cap. 44 y 45. Torq. lib. 2.º cap. 29. ESTUD.-T. 1.º-P. 29.

quisieran sacudir el yugo de su pesada tiranía. Al momento dió orden al mismo Xochicalcatl, para que asociado con otros tres capitanes de su confianza y la fuerza que creyera necesaria, persiguiera abiertamente al príncipe, hasta darle muerte, sin miramiento ya del auxilio que podían prestarle algunos pueblos.

Nezahualcoyotl, despues de conferenciar con Izcohuatl sobre el modo de recobrar el trono y librar á la nacion de la cruel tiranía de Maxtla, volvió á Tezcoco, para ponerse en estrecha comunicacion con muchos señores de su partido, por medio de mensajeros fieles. Segun la costumbre que tenia cuando llegaba á los pueblos, de ocuparse en cualquiera cosa que revelase su desapego al trono, para estar mas á cubierto de molestas pesquisas y disfrutar de mas confianza en sus negociaciones: cuando llegó en esta vez á Tezcoco, se ocupó en jugar á la pelota con uno de sus criados llamado *Ocelotl*. Poco tiempo despues llegaron los señores de Cohuatepec, Coatlíchan y Huexotla, porque advertido el primero por un hombre de su pueblo, de la orden que habia dado el usurpador, dió luego aviso á los otros dos que ya habian entrado en el partido del príncipe; y los tres, con la tropa que pudieron, fueron á Tezcoco para defender á su soberano y declarar ya la guerra al tirano si era necesario.

Al llegar á la ciudad ocultaron la gente hasta el momento oportuno; y ellos se dirigieron al palacio del príncipe, manifestando el deseo que tenian de jugar con él á la pelota, por ser su diversion favorita. Estando ya con él y muchos señores de la ciudad fieles á la misma causa, manifestaron cual era la resolucion de Maxtla y el objeto que á ellos los llevaba, siendo ya tiempo de sacudir el yugo tan duro, para lo cual estaban auxiliados por los señores de Huexutzinco y Tlaxcallan segun el ofrecimiento que le habian hecho al príncipe, debiéndose es-

perar que los mexicanos y tlaltelolques, así como los demas pueblos, ocurririan luego á engrosar sus filas, cansadas con tan pesada tiranía.

El príncipe Nezahualcoyotl, llevado de su ardiente espíritu, fácilmente adoptó una medida tan conforme á sus deseos; pero su hermano natural Quauhtlemantzin, hombre de juicio y de madura reflexion, y ademas, famoso capitán bien experimentado en la guerra, se opuso á esta determinación, que por precipitada y prematura, debería fracasar con perjuicio de la vida de su hermano y la ruina de todos los pueblos. Creyó que la fuerza llevada por Tomihuatzin señor de Cohuatepec y sus compañeros, con la poca que entre sus adictos podian levantar allí mismo, era insuficiente para semejante resolucion, supuesta la mayoría con que Maxtla contaba por estar en el poder y tener ya muchos preparativos, desde que conoció la disposicion de muchos pueblos, para decidirse en favor del príncipe como legítimo soberano: que aunque era cierto, haber muchos señores adictos en secreto á su causa y resueltos á prestar las fuerzas de sus estados, aun no estaban advertidos y en el momento necesario podrian excusarse de cumplir sus promesas, por falta de prevenicion ó temor que les inspirara el atraerse ya el furor del tirano; y que con los mexicanos y tlaltelolques no se podía contar de un modo seguro, cuando habian presenciado impacibles la muerte de sus reyes por el temor de Maxtla. Que en su concepto, para evitar consecuencias perjudicales á la resolucion que se trataba de adoptar, su hermano debía huir el cuerpo al peligro que próximamente se anunciaba, no contando de un modo tan seguro, la coalicion de las fuerzas con que debía contar para derrocar la tiranía y recobrar su trono.

Eran de un fundamento tan incuestionable las razones que espuso Quauhtlemantzin, que nadie se atrevió á replicarlas; pero mientras se acordaba lo necesario para

la fuga del príncipe, un criado avisó estar allí los oficiales tecpanecas en busca de Nezahualcoyotl. Este salió á recibirlos en compañía de todo su cortejo de señores y muchos criados, presentándoles según la costumbre, ramos de flores y unos carrizos llenos de pastas olorosas, que encendidas por un extremo despedían humo de un aroma suave y agradable. Aquel afable recibimiento hizo suponer á los comisionados tecpanecas, que el príncipe no sospechaba que se le quería sacrificar á los caprichos de Maxtlaton; pero temiendo al mismo tiempo al numeroso acompañamiento con que se presentaba su designada víctima, pretendieron hablar con él á solas para tratar un negocio grave de parte de su señor. Nezahualcoyotl disimuló y con crecidas muestras de caballerosidad, manifestó su conformidad; mas no queriendo apartarse de las reglas de la hospitalidad, no consentía tratar negocio alguno, antes de que se les sirviera la comida. Ellos por la imposibilidad de ejecutar las criminales órdenes en presencia de todos aquellos señores, aceptaron el ofrecimiento del príncipe, esperando un momento favorable para matarlo.

Fueron pues introducidos los tecpanecas en una sala donde se les sirvió comida, y el príncipe para acompañarlos, se sentó en la silla llamada *tlatocacipalli* ó silla de los reyes, la cual estaba en la cabecera de la sala inmediata á la vista de los que comían: y mientras se sirvió la comida á los oficiales, un criado hechó zahumero en los braceros de que era costumbre acompañar las mesas de los huéspedes, y á favor de la densa nube que formó el humo oscureciendo la pieza, salió el príncipe de la sala y también del palacio por puertas escusadas, dejando aviso á todos sus adictos, de esperarlos en su palacio del bosque de Tecutzinco. Cuando se dispó el humo y que advirtieron los oficiales no estar ya el príncipe en su asiento, entraron á buscarlo inútilmente por todo

el palacio; pero no hallándolo en él, dieron orden que se buscara por todas las casas de sus adictos. Nezahualcoyotl, al ir por la calle, observó una tropa que los capitanes habian dejado en las primeras casas de la ciudad y para ocultarse de ella, entró á la casa de un señor llamado Tozmantzin, la cual fué pronto invadida por los tecpanecas; pero la esposa de aquel señor llamada Matlalcihua, ocultó al príncipe en una pieza interior cubriéndolo con el hilo de maguey de que fabricaban las mantas llamadas *nequen* y hoy de ixtle ó jarcia.

Pasado este primer peligro, salió el príncipe de la ciudad, donde se volvió á encontrar con una partida de sus enemigos: se dirigió á unos labradores que andaban cegando chia, quienes advertidos de su peligro, lo hicieron poner en el suelo y lo cubrieron con los mismos manojos que cegaban, de modo que cuando llegaron sus persecutores, no lo vieron; y preguntando á los cegadores si habia pasado por allí Nezahualcoyotl, una muger contestó que sí, yendo por el camino de Huexotla, pero que según la velocidad con que iba, necesitaban andar muy aprisa para alcanzarlo. Esta feliz ocurrencia de aquella rústica muger, hizo retirar violentamente el peligro, y el príncipe continuó su camino, ofreciendo á sus libertadores, darles grandes recompensas, cuando el Dios Creador le concediera recobrar su trono.

Los comisionados de Maxtla, despues de vanas diligencias para ejecutar la orden de dar muerte á Nezahualcoyotl, volvieron para Azcapozalco á dar cuenta al tirano, que dió en furecido una disposicion, declarando traidor al que prestase auxilio al príncipe perseguido y ofreciendo grandes recompensas al que lo entregase, lo cual estimuló á muchos á entrar en aquella persecucion que injustamente se movió al heróico jóven á quien salvó aquella infinita Providencia que gobierna todo el

quisieran sacudir el yugo de su pesada tiranía. Al momento dió orden al mismo Xochicalcatl, para que asociado con otros tres capitanes de su confianza y la fuerza que creyera necesaria, persiguiera abiertamente al príncipe, hasta darle muerte, sin miramiento ya del auxilio que podían prestarle algunos pueblos.

Nezahualcoyotl, despues de conferenciar con Izcóhuatl, sobre el modo de recobrar el trono y librar á la nación de la cruel tiranía de Maxtla, volvió á Tezcoco, para ponerse en estrecha comunicacion con muchos señores de su partido, por medio de mensajeros fieles. Según la costumbre que tenia cuando llegaba á los pueblos, de ocuparse en cualquiera cosa que revelase su desapego al trono, para estar mas á cubierto de molestas pesquisas y disfrutar de mas confianza en sus negociaciones: cuando llegó en esta vez á Tezcoco, se ocupó en jugar á la pelota con uno de sus criados llamado *Ocelotl*. Poco tiempo despues llegaron los señores de Cohuatepec, Coatlíchan y Huexotla, porque advertido el primero por un hombre de su pueblo, de la órden que habia dado el usurpador, dió luego aviso á los otros dos que ya habian entrado en el partido del príncipe; y los tres, con la tropa que pudieron, fueron á Tezcoco para defender á su soberano y declarar ya la guerra al tirano si era necesario.

Al llegar á la ciudad ocultaron la gente hasta el momento oportuno; y ellos se dirigieron al palacio del príncipe, manifestando el deseo que tenian de jugar con él á la pelota, por ser su diversion favorita. Estando ya con él y muchos señores de la ciudad fieles á la misma causa, manifestaron cual era la resolución de Maxtla y el objeto que á ellos los llevaba, siendo ya tiempo de sacudir el yugo tan duro, para lo cual estaban auxiliados por los señores de Huexutzinco y Tlaxcallan segun el ofrecimiento que le habian hecho al príncipe, debiéndose es-

perar que los mexicanos y tlaltelolques, así como los demas pueblos, ocurririan luego á engrosar sus filas, cansadas con tan pesada tiranía.

El príncipe Nezahualcoyotl, llevado de su ardiente espíritu, fácilmente adoptó una medida tan conforme á sus deseos; pero su hermano natural Quauhtlemantzin, hombre de juicio y de madura reflexion, y ademas, famoso capitán bien experimentado en la guerra, se opuso á esta determinacion, que por precipitada y prematura, deberia fracasar con perjuicio de la vida de su hermano y la ruina de todos los pueblos. Creyó que la fuerza llevada por Tomihuatzin señor de Cohuatepec y sus compañeros, con la poca que entre sus adictos podian levantar allí mismo, era insuficiente para semejante resolución, supuesta la mayoría con que Maxtla contaba por estar en el poder y tener ya muchos preparativos, desde que conoció la disposicion de muchos pueblos, para decidirse en favor del príncipe como legitimo soberano: que aunque era cierto, haber muchos señores adictos en secreto á su causa y resueltos á prestar las fuerzas de sus estados, aun no estaban advertidos y en el momento necesario podrian excusarse de cumplir sus promesas, por falta de prevenicion ó temor que les inspirara el atraerse ya el furor del tirano; y que con los mexicanos y tlaltelolques no se podia contar de un modo seguro, cuando habian presenciado impacibles la muerte de sus reyes por el temor de Maxtla. Que en su concepto, para evitar consecuencias perjudicales á la resolución que se trataba de adoptar, su hermano debia huir el cuerpo al peligro que próximamente se anunciaba, no contando de un modo tan seguro, la coalicion de las fuerzas con que debia contar para derrocar la tiranía y recobrar su trono.

Eran de un fundamento tan incuestionable las razones que espuso Quauhtlemantzin, que nadie se atrevió á replicarlas; pero mientras se acordaba lo necesario para

ría y sin ser visto por sus enemigos que se ocultaban entre la muchedumbre de las ciudades. (1)

### CAPITULO XXVIII:

**Eleccion del Izcoughualli para rey de México y de Quauhtlatohuatzin para rey de Tlaltelolco; guerra que promueve Maxtla contra ambos pueblos, y vuelta de Nezahualcoyotl.**

Mientras el príncipe Nezahualcoyotl escapaba del furor de Maxtlaton y coligaban en su auxilio los estados de mas allá de los montes, los mexicanos vacilaban en la conducta que debian seguir, viéndose sin rey que los gobernara y expuestos enteramente al capricho del tirano del imperio, que pretendia tener á todos los pueblos, en una sujecion tan opresora como injusta. Al fin reunido el senado, resolvió elegir rey y la eleccion recayó unánimemente en Izcóhual, hombre hábil en el gobierno y el mas experimentado de todos en la guerra. Tan acertada eleccion del senado, fué saludada por el pueblo con entusiastas aclamaciones de regocijo: uno de los ancianos de aquel consejo, dirigió al nuevo rey una alocucion exhortándolo al exacto cumplimiento de sus deberes, teniendo siempre presente como punto final de sus acciones, la felicidad de la nacion; y concluyó recordándole la constancia de sus antecesores, que aunque yacian bajo la tierra, su nombre vivia inmortal mereciendo la gra-

1 Veytia y Clavijero lug. cit. Torquemada monarq. ind. libro 2º cap. 21, 22 y 23.

titud de todos sus vasallos. A este razonamiento contestó el electo rey, manifestando su agradecimiento y voluntad para cumplir sus obligaciones, correspondiendo á la confianza con que lo habian honrado, sin perdonar de su parte fatiga ni trabajo y concluia con estas notables palabras; «para lograr este fin, es necesario que todos contribuyan y me ayuden con sus palabras y sus obras: y así unidos con el vínculo de la fidelidad y obediencia sea nuestra nacion un cuerpo con muchas manos y un corazón.» ¡Ojalá y los mexicanos del ilustrado siglo diez y nueve, supieramos corresponder á esta sincera expresion nacida del corazon de un rey azteca del tiempo de la oscura gentilidad!

Allí mismo se hizo luego la coronacion y reconocimiento de la dignidad del rey en medio del ceremonial acostumbrado, pasando luego el concurso á dar gracias al templo á su dios Huitzilopochtli, lo cual tenia lugar el 27 de Julio de 1427.

Concluidas estas formalidades, se reunió luego el senado para nombrar los embajadores que debian avisar al emperador del nombramiento y coronacion del nuevo rey; pero sabiendo que Maxtla recibiria con tanto enojo esta resolucion, los embajadores llevaban consigo una sentencia de muerte, estando espuestos á ser víctimas del furor del déspota: y no hallando como salir de esta dificultad, el jóven Tempanecatli, hermano de Montehuzuma Ilhuicamina é hijos ambos del rey Huitzilihuitl, tomó la palabra y dijo al senado en estos términos. «Padres y abuelos míos, ¿porqué os acongoja y turba el dar cuenta al emperador de haber nombrado nuestro nuevo rey? Esto es indispensable, porque de lo contrario es declararnos rebeldes en un tiempo en que no estamos prevenidos para resistir á su poder, si irritado de nuestro procedimiento hecha sobre nosotros sus tecpanecas. Si toda la dificultad consiste en que teneis por infalible que el men-